



## Un libro inquietante

SERGIO ZERMEÑO, *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y a la exclusión en nuestros días*, Océano, México, 2005, 364 pp.

Lo primero que quiero decir es que el de Sergio Zermeño es un libro impactante. Difícil permanecer impassible durante su lectura, pues su preocupación central es la de trazar una imagen fiel de la sociedad mexicana luego de dos décadas y media de implementación de un modelo económico cuyo eje rector es la apertura de nuestra economía a las fuerzas poderosas de la depredadora globalización capitalista. Se trata, pues, de un libro que, de acuerdo con la tipología de Vasconcelos, podemos leer a ratos sentados aunque la mayoría de sus pasajes nos mueven a leerlo de pie.

Otra cosa que me gustaría comentarles es que, además de impactante por su temática, es un libro muy bien organizado y muy bien escrito. El propósito de Zermeño no es hacer alarde de novedades sociológicas, sino exponer con la mayor claridad y orden una imagen crítica del país así como de las posibles alternativas para salir de esta situación, para lo cual echa mano de un estilo que es

perfectamente congruente con su finalidad. El libro nos atrapa desde su mismo inicio y nos va llevando desde un momento descriptivo inicial hasta un desenlace en el que su propuesta toma vida en una serie de experiencias de participación ciudadana en el sur de la ciudad de México.

*La desmodernidad mexicana* es la continuación, con una mayor amplitud y profundidad, del perfil que Zermeño había ya empezado a trazar en su obra anterior, *La sociedad derrotada*, de 1996. Me parece que con ambas obras, Zermeño nos entrega una visión de México a la que quizá podamos oponer algunas reservas, matices o agregados, aunque, en lo fundamental, sabemos y sentimos, que se trata de una visión realista, pertinente, de la cual se pueden derivar diferentes propuestas de acción, nunca la indiferencia displicente o la inacción cínica. Zermeño nos conmina, con su libro, a ubicarnos en el espectro de espejismos que él mismo denuncia o bien a seguirlo en sus propuestas de reconstrucción de lo social. La visión de Zermeño es crítica, aunque no en un sentido teórico, especulativo. La suya no es una discusión académica, sino una interpretación militante, en el buen sentido de la palabra. No busca la *floritura* epistemológica sino la pertinencia estratégica, el enfoque o explicación atinada que nos permita una acción social productiva en el sentido por él planteado. Cuando se ocupa de corrientes de pensamiento, o marcos interpretativos, como la "transitología" o el llamado nuevo institucionalismo, lo hace desde una perspectiva histórico-sociológica, remitiendo dichos esquemas a los momentos y condiciones sociales en los que surgen y a los propósitos y proyectos sociales a los que sirven.

Me llama la atención que Zermeño, en sus dos obras, *La sociedad derrotada* y *La desmodernidad mexicana*, relaciona la dualidad optimismo-pesimismo con las ciencias sociales latinoamericanas de las dos últimas décadas, asociando una visión optimista de lo que ha estado ocurriendo en nuestras sociedades, con los economistas, los politólogos y los políticos de diferente signo ideológico; mientras que sociólogos, antropólogos y psicólogos sociales, por su contacto directo con los grupos y actores sociales básicos, desarrollarían más bien una visión crítica y pesimista de las cosas. Esto, por supuesto, despierta la curiosidad de buscar los casos de excepción que confirmen la "regla" propuesta por Zermeño. No importa. Lo importante es que el "pesimismo" de Zermeño no desemboca en la melancolía ni en una visión decadente, a la manera por ejemplo del *dandy* posmoderno (el *flaneur*) de Peter McLaren, sino que es más bien lo que podríamos llamar un realismo sin concesiones.

Después de un apartado introductorio en el que se plantea en términos generales el propósito del libro y los antecedentes teórico-sociológicos en el ámbito latinoamericano, un segundo apartado se destina a documentar con profusión y detenimiento lo que su título indica, que "la economía abierta es el enemigo de nuestro tiempo".

En esta sección Zermeño hace lo que él mismo denomina "sociología de la economía", exponiendo con detalle y abundancia de información lo que ha ocurrido con la sociedad mexicana después de dos décadas de economía abierta y neoliberalismo. "El balance del experimento, dice, ha resultado desastroso en lo referente al estancamiento de la economía, a la ampliación de

las desigualdades, al deterioro del medio ambiente y a la declinación material y moral de los mexicanos". Recogiendo un planteamiento del libro anterior, nos recuerda la tesis de que en nuestro país, la modernización ha actuado contra los principales actores de la modernidad: burguesía, proletariado, campesinado, capas medias, etc., y que este proceso de dismantelamiento de los actores modernos se ha dado en beneficio de "un núcleo reducido y poderosísimo de empresas transnacionales asociadas a las cúpulas del poder político estatal y en medio de la desorganización y pauperización crecientes..."

Además de describir con amplitud lo ocurrido a los diferentes sectores y ramas de la economía mexicana en los años ochenta y noventa, Zermeño plantea un asunto esencial: la cuestión de si dicho proceso tenía que hacerse necesariamente en un periodo de tiempo tan breve, sobre todo si pensamos en la ubicación de nuestro país como frontera sur del país económicamente más poderoso del mundo. Zermeño pasa revista a lo ocurrido con nuestra agricultura, nuestra producción petrolera, las remesas, el narcotráfico, el turismo, las maquiladoras del norte, las diferentes ramas de la industria, lo que llama "la economía de la gente" y el comercio, y la falta de horizontes para nuestro jóvenes. En la página 103 resume el periplo anterior diciendo que "la economía mexicana no sólo ha sido poco competitiva en los mercados abiertos sino que ha generado una destrucción tremenda de su sociedad; está abatiendo los índices de densificación en prácticamente todos los renglones, de la misma manera entre el empresariado que entre los trabajadores, manifestándose todo ello en una multiplicación de los ex-

cluidos y disparando los índices de delincuencia, violencia y anomia".

El siguiente apartado, "La reconstrucción social", es como la antítesis del anterior, pues en éste se exploran las alternativas al desorden social descrito. Dice Zermeño en la página inicial:

Hay un camino posible de reconstrucción social que no va necesariamente en el sentido evolucionista de mayor técnica, mayor competitividad, mayores intercambios exteriores, siguiendo las formas espectaculares de la sociedad informacional y de los medios masivos, sino que comienza a construirse cada vez más a distancia de estos referentes, sirviéndose de ellos pero condicionadamente en la medida en que tales referencias se han convertido en disolventes poderosísimos de la vida pública, de la densificación social y de la concordia.

Dicho camino de reconstrucción social depende de la generación de colectivos sociales en espacios intermedios, entornos manejables para los seres sociales no profesionalizados: la autonomía regional, la democracia participativa, la organización vecinal; colectivos empoderados en el plano social, capaces de entablar relaciones de igualdad y respeto hacia las fuerzas que vienen de su *exterior* (...) y capaces de entablar también, en su *interior*, relaciones de respeto y equidad entre los actores que componen esos espacios intermedios.

Un requisito básico para este planteamiento es el referido a la dimensión, a la escala en que es posible esta labor de reconstrucción, que necesariamente es el ámbito de lo local, de lo regional. Zermeño hace consideraciones incluso sobre el número de habitantes idóneo que pueden tener

estas condensaciones sociales en los diferentes niveles o peldaños de actuación y los asuntos de que pueden ocuparse, y reseña algunos ejemplos destacados de este tipo de organizaciones basadas en la territorialidad, por ejemplo los Proyectos de Desarrollo Regional Sustentable (PRODERS) impulsados por la Semarnap. Un caso que le sirve para ilustrar este tipo de dinámica social es la comparación entre el norte y el sur de Italia desde el análisis de Robert Putnam, así como otros casos semejantes en Europa y América Latina. Compara, asimismo, la perspectiva basada en el concepto de *capital social* (de Ostrom, Fukuyama y otros autores) con la que él mismo propone sobre la densificación de lo social.

Este apartado cierra con una fuerte crítica al movimiento altermundista y a autores como Castells y Chomsky, reivindicando la vía larga y paciente de la sedimentación frente a opciones más espectaculares pero improductivas como la movilización social o la expectativa de integración de una sociedad civil global vía las redes informáticas. La crítica del movimiento altermundista en su expresión más mediática es demoledora:

Los movimientos altermundistas (antiglobales se decía al principio) en los distintos puntos del orbe han demostrado una gran virulencia; en ellos se congregan poderosos sindicatos como el estadounidense de la AFL-CIO, agrupaciones ecologistas como *Greenpeace*, de género como el movimiento gay y lesbico, organizaciones campesinas, grupos indígenas y religiosos, misioneros, anarquistas, defensores de los derechos del hombre, de los consumidores, etcétera.

Pero no cabe duda que estas manifestaciones terminan muy lejos de los espacios cotidianos en que se desenvuelve la vida de

los excluidos en nombre de la que esos mismos movimientos hablan, y algo más definitorio, esos movimientos tienen muy poca influencia para modificar los términos en que se desenvuelven esas vidas.

(...) Se producen líderes, obras de arte, material fílmico, fotográfico, plástico, periodístico, literario, etcétera, pero es demencial la velocidad con que esos productos se elevan al nivel del consumo del mundo de la integración y se separan de las necesidades por ellos evocadas.

Desde estos planteamientos, Zermeño se pregunta por el papel que deben jugar las ciencias sociales en sociedades como la nuestra, y sobre la necesidad de vincular a las universidades no con las empresas, sino con la sociedad. "El futuro de las ciencias sociales en nuestros países (dice) es la producción de una sociología de la puerta de atrás".

"La democracia impertinente (Comités Vecinales en una cultura estatal)" es el título del siguiente apartado, en el que Zermeño da cuenta de diversas experiencias desarrolladas en nuestro país en el sentido anteriormente descrito. Aunque la experiencia histórica muestra que los procesos de densificación y fortalecimiento de ciertas regiones son procesos muy dilatados en el tiempo, de lo que se trata es de que mediante la intervención sociológica (Alain Touraine), mediante la aplicación de determinadas técnicas se vuelva posible el no tener que "esperar siglos de sedimentación para que los actores de la sociedad civil se fortalezcan y para que se desarrolle en el mediano plazo alguna forma de organización que densifique a los ciudadanos de una manera más ágil". Dos técnicas destaca Zermeño por su eficacia a partir de los años

ochenta: la descentralización y el presupuesto participativo, la primera de ellas implementada en Montevideo, Uruguay, y la segunda en algunas ciudades de Brasil.

En este apartado es donde toman concreción todas las reflexiones e interpretaciones generales del autor sobre la situación del país, donde se advierten como obstáculos los rasgos propios de la antidemocracia mexicana, de nuestro estatismo y nuestra tendencia al victimismo. Las experiencias descritas, desarrolladas a partir del impulso a la participación ciudadana que se vivió con la llegada del PRD al gobierno capitalino, dejan en la boca un sabor agridulce. (Lo que hemos visto en los últimos días refrenda esa sensación de que tampoco el partido que se supone representa a la izquierda en nuestro país, ha logrado estar a la altura de una propuesta comprometida con una verdadera participación ciudadana en las decisiones colectivas.)

Me parece destacable el análisis de las lógicas contrapuestas al llamado asociativismo ciudadano, que Zermeño hace a partir de las situaciones concretas vividas en las experiencias descritas: la lógica del Estado, la lógica de la administración, la lógica partidista, la lógica de la iniciativa privada, la lógica de la policía, la lógica de las leyes y de los abogados, la lógica electoral.

En el último capítulo, "México: una cultura estatal", Zermeño busca las "raíces profundas de lo que ha obstaculizado con más fuerza el desarrollo de nuestra democracia social", y encuentra la explicación en el hecho de que en "nuestro país se ha gestado una forma de organización sociopolítica que ha fortalecido primordialmente al Estado y no a la sociedad". La revisión histórica del proceso de la modernidad en su versión clásica

le sirve para exponer la singularidad del proceso en países como el nuestro, donde ha sido impulsado desde el Estado. La rareza del desbalance mexicano entre Estado y sociedad se debe a razones históricas, al hecho de que "sólo un Estado despótico asentado sobre su herencia guerrera fue capaz de unificar un territorio siempre amenazado y mutilado por las grandes potencias". A partir de ese origen, la relación entre el Estado mexicano y los movimientos sociales adoptó una fórmula tripartita de "solución" basada en tres opciones: represión, cooptación o muerte y solución de las demandas y sustracción de las banderas. Aquí nos encontramos de nuevo el famoso "vaciamiento hacia arriba", por la cooptación de los líderes, que Zermeño describió en *La sociedad derrotada*.

El recuento histórico de la segunda mitad del siglo XX nos deja como saldo esa cultura nacional estatista, autoritaria, y lo que Zermeño llama la "fascinación por el vértice" y que no necesita, entre quienes somos mexicanos, de mayor explicación. El autor pasa revista a algunos acontecimientos clave en la búsqueda de una verdadera democracia social en nuestro país, del 68 al surgimiento del EZLN, buscando los elementos constitutivos de la sociedad mexicana que explican nuestras dificultades para fortalecer lo social, que en algún momento el autor califica como "la ley de hierro de la mexicanidad".

Por todo lo dicho, creo que resultan más que evidentes la actualidad y pertinencia del libro de Sergio Zermeño en el momento actual. El último año que vivimos en México, y el próximo, constituirán sin duda un buen ejemplo de esa sobrepoliticación, de ese estatismo y esa fascinación por el vértice que

en nuestro país han sido un gran obstáculo para la ampliación de nuestra democracia. Seguimos pensando, como país, en que sólo desde el Estado es posible construir la nación que decimos querer construir. Le apostamos todavía casi todas nuestras monedas a la modernización y a la democracia representativa, a la estrategia piramidal de conquistar la silla para luego, desde adentro, impulsar los grandes cambios que reclama el país, mientras las señales del deterioro social y la anomia se incrementan. O nos creemos todavía el cuento de que estamos en tránsito hacia algo mejor, que llegará por la acumulación de las pequeñas mejoras que vamos construyendo día con día.

El libro de Zermeño tiene la virtud de que nos hace despojarnos de cualquier optimismo ingenuo en relación con los grandes problemas nacionales. Su actitud nos recuerda la ambivalencia productiva que Gramsci cifró en la dialéctica “pesimismo de la inteligencia / optimismo de la voluntad”, y nos refresca el profundo compromiso que la sociología y las ciencias sociales tienen, o deben tener, con la construcción de sociedades más justas, más democráticas, más felices.

Un aspecto en el que quizá debemos profundizar es el relativo a la articulación de estos procesos de reconstrucción social en los ámbitos regional y mundial. El proyecto de Boaventura de Souza iniciado en *Democratizar la democracia* apunta a documentar esa confluencia de movimientos, objetivos y experiencias que, desde mi punto de vista, es mucho más que una confluencia o coincidencia de propósitos, y debe hacernos reflexionar en las posibilidades de esa “globalización contrahegemónica”, pues la sociedad derrotada no es otra que la sociedad mundial, y algunos aspectos como la sus-

tentabilidad, sabemos que no pueden ser planteados seriamente sino en un marco global.

Otro tema que en lo personal me mueve a continuar la reflexión es el de si la sociedad, o el ámbito de lo social al que se refiere Zermeño, es homogéneo en sí mismo y su densificación tiene el mismo signo. Es decir, ¿es igualmente valiosa la densificación de un *cluster* que la de una comunidad indígena? ¿No perdimos algo en el camino, relativo a las clases o grupos sociales? Yo que soy originario de Monterrey viví muchos años de mi vida en una región y una cultura que le apostó todo al desarrollo económico y no lo recuerdo como un mundo ideológicamente muy agradable.

También me despierta un gran interés su explicación sobre la relación entre Estado y sociedad en México en el siglo XX. A contracorriente de la idea predominante que ve los años de 1968 a 1994 como un paulatino pero real avance democrático, Zermeño nos entrega una visión negativa derivada del modelo económico y de esa dinámica estatista a la que antes hice referencia. Cabría pensar en que el fortalecimiento de lo social también puede ser impulsado por acciones del Estado y del sistema político imperante, por muy defectuoso que éste sea. La política de desarrollo social, como en el ejemplo de los PRODERS, ilustra estas posibilidades, así como las experiencias del presupuesto participativo en Brasil, que han sido impulsadas por el PT, y las nuevas formas de participación ciudadana en la India promovidas por el PC. Aquí habría todo un ámbito de reflexión sobre los partidos, principalmente el PRD, que debemos transitar.

Yo creo, por otro lado, que el fortalecimiento de la democracia social en nuestro país tiene como uno de sus supuestos bási-

cos la democratización de la familia, y me parece que es desde el Estado, con un marco jurídico apropiado y mediante políticas públicas adecuadas en materia educativa, sobre las mujeres y los niños, como pueden hacerse los avances más importantes en esta materia; sin descartar lo que se puede hacer desde la sociedad. De la misma manera, otra condición básica para la democracia, me parece, es la regulación de los medios de comunicación, que sólo desde el marco estatal es posible concebir.

Con esto termino mis comentarios, y felicito a Zermeño por este libro triste comprometido con una verdadera búsqueda de mayor felicidad para todos los mexicanos.

Humberto Salazar Herrera



### Sujeto, poder, teoría social

SIEGLÍN, VERONIKA (2004). *Modernización rural y devastación de la cultura tradicional campesina*, México, Editorial Plaza y Valdés y UANL.

En el libro de Verónica Sieglín, *Modernización rural y devastación de la cultura tradi-*

*cional campesina*, hay desde mi perspectiva tres aspectos fundamentales que me gustaría señalar: a) su interés por temas como las construcción del sujeto y el poder, problemáticas que han estado presentes en la obra de Sieglin ya desde hace algunos años; b) su preocupación por realizar trabajos interdisciplinarios; c) y por último, su rigurosidad metodológica en el uso de técnicas cualitativas.

El trabajo de Sieglin dibuja una temática que le ha preocupado enormemente en los últimos años como lo es la construcción del sujeto en el proceso de modernización en las sociedades occidentales, particularmente sobre los actores desprotegidos, los de abajo, los estigmatizados, los vulnerables. Sieglin afirma que es necesario encontrar teorías que expliquen la forma en que los individuos construyen su subjetividad y cómo se instalan esos diversos dispositivos políticos en el aparato psíquico de los sujetos sociales. Este libro analiza las formas en las que se instalan las visiones de la salud reproductiva en el aparato psíquico de las parteras tradicionales del sur del estado de Nuevo León y cuáles son los efectos que generan al interior de los actores.

Según Sieglin, el sujeto se construye a sí mismo dentro de una densa red de discursos que circulan dentro de su contexto social específico. Estos discursos aportan un conjunto de reglas para pensarse y conocerse a sí mismo. Los individuos se observan, se indagan, se reconocen, se controlan, se disciplinan, se castigan, se culpan y se someten a sí mismos. La autora sostiene que “los discursos identitarios de los sujetos sociales pretenden asentarse en su aparato psíquico controlando los procesos cognitivos, afectivos y motivacionales”. Las políticas

identitarias intentan influir en la evaluación de los sujetos acerca de su potencial para resolver exitosamente los conflictos con el entorno. De esta manera, para los hacedores y teóricos de las políticas sociales este libro apunta a una reflexión vital. No es solo ética, social o administrativamente importante que se siga viendo a los sujetos como meros depositarios de recursos. Las políticas sociales con sus procesos modernizantes que pretenden “colonizar el mundo de la vida” lo único que provocan es la devastación de la cultura tradicional de actores sociales que no obstante resisten, embaten y/o aceptan. Toda práctica de intervención, como Sieglin lo asienta, “debe llevarse a cabo en base a un reconocimiento de la interculturalidad que reconoce que los cambios no pueden ser forzados o impuestos a los sujetos. Es necesario retomar una actitud de disposición positiva hacia las comunidades rurales, urbanas o marginadas. Dado que los individuos son capaces de evaluar y juzgar propuestas dadas o novedades en función de las tareas a solucionar”.

Otro aspecto central del trabajo de Sieglin es su preocupación por encontrar vínculos entre disciplinas del conocimiento sobre el análisis de la subjetividad. Este libro sirve como antecedente de su acercamiento a disciplinas, como la psicología, que logren encontrar canales entre los aspectos macro y los análisis micro sobre la construcción del sujeto. Sieglin critica las perspectivas sistémicas que no reconocen la idea de que los actores individuales o colectivos constituyen factores centrales no solo en la reproducción de la estructura social, política, económica o cultural sino que hay una interdependencia. Específicamente, la autora señala que la modernización no es el

resultado de fuerzas anónimas y apersonales que empujan a actuar de determinada manera, por tanto una perspectiva psicológica no ayuda a entender este proceso. De la sociología, Sieglin utiliza a Habermas y a Weber con sus aportaciones para entender la acción social y la racionalización de la modernidad. Sin embargo, critica las limitaciones de sus enfoques para explicar la interacción concreta de los integrantes de una comunidad. De ahí que Sieglin hace uso del enfoque de Foucault para explicar la problemática del poder que se manifiesta en las interacciones de los sujetos que ya abordé más arriba. No obstante que en este libro ya se manifiestan ciertas cuestiones que tienen que ver con la separación entre razón y emoción en las sociedades modernas, aún hay vetas por explorar como el uso de las teorías de las emociones que tradicionalmente han sido exploradas por la psicología y en mucho menor medida por la sociología. Por ejemplo, Sieglin encuentra que las prácticas de desautorización, invalidación o devastación de las prácticas tradicionales de las parteras se lleva a cabo a través de técnicas de exclusión como “los niveles de cualificación o de dominio de ciertos saberes, posesión de títulos o nombramientos”. Desde su perspectiva “hay mecanismos que atacan a la estructura emocional de las parteras: como lo son la ridiculización de sus prácticas, el sarcasmo a sus saberes, la falta de valoración a su calificación que le provocan vergüenza, malestar, tristeza, baja autoestima, angustia, o temor”. Una forma de estigmatizar es a través de “atacar el alma, el interior del sujeto”. De tal suerte que, como Sieglin lo plantea, este proceso de modernización ha tenido éxito en la medida que ha logrado penetrar en la personalidad

de los actores y, por tanto, es un acto político de enorme importancia. Diversos autores sobre todo de corte marxista como el propio Marx, Gramsci y Althusser, al igual que Adorno y Foucault no han podido desarrollar una teoría acerca de cómo se instalan los dispositivos políticos en el aparato psíquico de los sujetos sociales. Tampoco lo ha podido hacer la corriente más importante en la psicología ya que, según Sieglin, estos planteamientos se encuentran profundamente plasmados por la visión cartesiana del sujeto. “La problematización del sí mismo se encuentra enmarcada por contextos sociales concretos (la escuela, la familia, el círculo de amigos, etc.) donde los sujetos interactúan en función de valores y reglas intersubjetivos que proponen a cada miembro social un “arte de la existencia”, es decir, formas de interacción con los demás actores y consigo mismo. Mas aún, los términos con cuya ayuda los sujetos se construyen a sí mismos y su entorno no emergen desde su interior privado sino son artificios culturales que penetran su concepción de ellos mismos (sus *selves*) y que influyen en los discursos que pueden construir los sujetos acerca de ellos mismos y su entorno a través de historias, imágenes, metáforas o ideologías.”

Por último, desde el punto de vista metodológico este libro me parece una excelente manera de dibujar el vínculo entre dos aspectos fundamentales de todo proceso de creación intelectual, la teoría y la metodología. Estoy convencida que el detallado y rico proceso de recolección y análisis de la información serviría como modelo a estudiantes, docentes e investigadores sobre el valor de técnicas como el análisis del discurso que concibe a los materiales empíricos recopilados

a través de entrevistas semiestructuradas, como textos. Es un proceso analítico que permite, como lo expresa Sieglin, “elaborar interpretaciones validadas a partir de los recursos lingüísticos (gramática, semántica, etc.) y evitar caer en interpretaciones que los investigadores hacen de manera más o menos de manera fortuita”. Por último, creo que en medio de tanto descrédito a la teorización, el libro de Sieglin nos advierte que sin teoría social toda interpretación por muy técnica y metódica que parezca será solo un manejo de lenguaje.

María Elena Ramos Tovar



### La nueva geografía de la migración

VICTOR ZÚÑIGA Y RUBÉN HERNÁNDEZ-LEÓN (EDS.), *New destinations. Mexican immigration in the United States*, Russell Sage Foundation, Nueva York, 2005, 288 pp.

De los miles de personas que diariamente cruzan la frontera desde México hacia los Estados Unidos, unos 400 por cada año, terminan con sus planes trágicamente cancelados. ¿Qué buscan con tanto ahínco como para arriesgar sus vidas en ello? ¿Qué pode-

rosas fantasías los mueven a semejante aventura? Al parecer para la gran mayoría, la más simple y antigua de la humanidad: condiciones de existencia que les permitan conseguir los bienes necesarios para una vida digna para sí y para sus hijos. ¿Tantos sacrificios por algo tan elemental? Esta enorme contradicción de nuestro sistema socioeconómico no ha encontrado soluciones en ninguno de nuestros políticos y no parece que, en el corto plazo, las cosas puedan mejorar.

Mientras tanto, mexicanos y también de otras nacionalidades consiguen llegar a varios de los destinos previstos o soñados, aunque algunos –considerando las determinaciones sociales– tengan que ubicarse allí donde nunca habían pensado. Desde hace más de dos décadas, los destinos tradicionales se han diversificado enormemente y hoy es posible encontrar comunidades de origen mexicano en estados como Arkansas, Carolina del Norte, Nebraska, Minesota, Idaho, Iowa, Kentucky, Tennessee y Utah. Los autores que participan en este texto hablan de una nueva geografía de la migración que tiene múltiples efectos en la vida cotidiana y en los procesos macro de la sociedad estadounidense. Además de los editores, participan 19 investigadores de universidades mexicanas y estadounidenses, quienes, como era de esperar, no comparan las explicaciones sobre este nuevo panorama, sus causas y posibles desenlaces.

Al mismo tiempo que hay una diversificación geográfica, puede verificarse una complejidad estructural: no se trata ya de ubicarse en ocupaciones “simples” (generalmente en la economía agrícola) sino que se desempeñan tareas derivadas de las nuevas condiciones de la economía, con alta

composición de elementos electrónicos y organización tecnificada hasta en mínimos detalles. Si duda que todavía hay un gran componente de mano de obra que acude a ocupar tareas despreciadas por los estadounidenses, pero también está apareciendo un componente de complejidad que hace que las viejas teorías y explicaciones deban repensarse; no son ya exclusivamente mexicanos de origen indígena y semianalfabetos. En varios trabajos, además, se analiza el crecimiento de un grupo heterogéneo de personas que acuden, a partir de sus diferentes especialidades profesionales, a cubrir

o solucionar diversas necesidades: educadores, religiosos, abogados, especialistas en servicios de salud y otros que por motivos abnegados o de los otros han encontrado en los mexicanos –indocumentados o no– una canalización de sus intereses salvíficos o una solución a sus propias necesidades económicas.

De las múltiples posibilidades que el tema en cuestión ofrece, los autores se enfocan de manera fundamental en tres: el clásico de las condiciones de vida de los inmigrantes, pero también las reacciones de los estadounidenses a la inmigración y los efectos de ésta en sus propias comunida-

des, a las que se agrega un tercero e inevitable: las interrelaciones familiares, económicas, culturales y demás entre ambos grupos, que a pesar de los estereotipos mutuos, no son homogéneos. Dado que la realidad estudiada es compleja y dinámica, quienes pretendan encontrar respuestas definitivas se sentirán algo defraudados, pero la riqueza de posibilidades para esas respuestas debería atraer la lectura de especialistas y no especialistas en el tema.

José María Infante